

Los Grandes Films
Mudos y Sonoros

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNI
Paseo de la Paz, 10 Ma - BARCELONA - Teléfono 18861

Fiel a la marina

(TRUE TO THE NAVY, 1930)
Deliciosa comedia americana, interpretada por

Clara Bow, Frederick Marck,
Harry Creen, Sam Hardy, etc.

Lo

Es un film **PARAMOUNT**

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA



Fiel a la marina

Argumento de la película

Estamos en la ciudad de San Diego, en el Pacífico. En una de las calles cercanas al muelle, se levantaba un espléndido bar, punto de reunión de todos los marineros que visitaban el puerto.

El imán que atraía a la alegre concurrencia era Ruby, una dependiente pelirroja, muchachita tan bella como alegre.

Cada marinero creía ser el preferido en el corazón de la gentil muñeca rubia. Todos pensaban que Ruby era la novia con la que un día feliz se casarían.

¡Cuán lejos estaban de la realidad! Para Ruby no había llegado todavía el hombre elegido como dueño. Tenía para todos los marineros esperanzas, pero eran esperanzas a flor de labio, sin complicaciones sentimentales.

Ruby, fiel amiga de Bimberg, el dueño del establecimiento, trabajaba en favor de él, como buena depen-



...muchachita tan bella como alegre...



dienta. Mostrábase cariñosa con todos los muchachos y éstos en pago adquirían en la misma tienda, bombones y dulces para obsequiar al lindo "bibelot".

Aquel día había habido un constante desfile de marineros que se despedían de Ruby pues la escuadra iba a partir.

El marinero Eddie había repetido por centésima vez sus declaraciones de amor que ella fingía agradecer con el alma.

Ruby le sirvió un manteado y le dijo:

—Cuando vuelva a preparar otro se me hará un nudo en la garganta.

—No hay nada que se olvide más pronto que un marinero...

—Yo, no. Cuando tú estés fuera no haré más que leer la geografía para enterarme de los lugares donde estás.

—¡Ruby! ¡No me engañes! ¡Acuérdate siempre de mí!...

El dicho comerciante Blumberg que les escuchaba desde detrás de un mostrador cercano, creyó llegado el momento de intervenir. Distraídamente puso encima de la mesa una gran caja de bombones y guiñó un ojo al marinero. ¿No se decidía? ¿Por qué no comprar algo para la novia bonita?

Eddie pareció comprender y miró la caja, Ruby, viendo que el marino había "picado", exclamó con cierto desinterés:

—No, no quiero que me compres nada, Eddie.

—Espera. Quiero que tengas un recuerdo mío.

Avanzó hacia Blumberg quien, con ladina intención, le dijo:



—Cuando vuelva a preparar otro se me hará un nudo en la garganta.

—Si yo fuese una muchacha, ya sé lo que me gustaría que me comprasen. Esta caja de malvaviscos.

—Pero ¿le gustarán? —dijo contemplando a Ruby que desde el otro mostrador parecía hacerse la inocente.

—¿Que si le gusta? Usted debe ser adivino... Tome, tome, pero no sacuda la caja, que estos dulces son muy delicados.

Eddie tomó la bella caja y fué a entregarla a Ruby. Al moverla involuntariamente, oyó un ruido de cosa seca, como si en vez de los bombones, hubiese pedruscos.

—¡No quiero esto! —protestó—. Si suena a piedra... No hará pocos meses que tiene usted aquí la caja.

Bimberg se mordió los labios. ¡Caramba con el marinero! Realmente aquella caja era de época antiquísima. Sin embargo, intentó disculparse.

—Perdone, perdone, amigo... Cuando venga por aquí el viajante que me los vendió le armaré un escándalo... Pero regale a Ruby este frasco de perfume en vez de los dulces... Si fuese un paisano le cobraría quince dólares... Díez para usted... porque es marinero.

—Es caro.

—Tómela antes que me arrepienta... ¿Por qué seré yo tan generoso?

Acabó Eddie por adquirir el frasco que entregó a Ruby, quien con frases que parecían muy emocionadas le agradeció la fina atención.

Apareció un cabo de la armada, el cual en forma brusca miró a Eddie y le dijo:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Hasta cuándo tendrá que esperar al buque?

Eddie con melancolía se despidió de la que era la luz de sus ojos.

—¡No te pongas triste, muñequita!... Tengo que marcharme... pero volveré dentro de poco tiempo.

—¡Te esperaré, Eddie mío!

Pero apenas hubo salido el incauto marinero, Ruby y Bimberg estallaron en grandes carcajadas.

La cosa no podía ir mejor... Ruby era un buen anzuelo para que los marineros efectuasen compras importantes.

¡Bien, pelirroja! ¡No había en el mundo mujer más lista que ella!

La escena se repitió varias veces.

Llegó a continuación el marinero Michael a quien Ruby dijo con la misma dulzura de antes:

—¿Sabes lo que haré cuando estés fuera, chiquillo? Leer la geografía para saber dónde estás...

—Pensaba hacerte un regalito, monada, para que te acuerdes de mí.

—¡No... no! —protestó ella con fingida molestia—. Eres pobre y...

—Pero aun me queda algo para obsequiar a mi niña... ¿En qué cosa mejor voy a emplearlo?

Bimberg se acercó con la famosa caja de los malvaviscos averiados.

—A la niña le gustan los dulces con delirio —indicó. Pero Michael al coger la caja, frunció el ceño.

—No los quiero —dijo—. Están tan secos que parecen huesos.

—¿Si? Cuando vuelva el viajante que me los vendió le armaré un escándalo... ¡Qué sinvergüenza! Pero, ¿quiere una estilográfica para obsequiar a Ruby?... Tengo estilográficas que escriben solas... ¿Le gusta ésta?

—A ver...

Trazó Michael con ella unos cuantos renglones pero vió que se salía de modo lamentable la tinta.

—¡No la quiero! ¡Escriba usted con ella al que le vendió los malvaviscos!...

—No quiero guasitas, joven, que todo lo que aquí vendo es impecable. Vea esta otra estilo... Con una así no hay que lavarse los dedos...

—Voy a ver si es verdad lo que dice...

Ruby, sonriente, cogió primero la pluma que estaba descargada de tinta. Sabía bien que todas iban mal por lo que no convenía que los clientes las probasen.

—Quiero ser la primera en escribir con ella—dijo.

Y sin que Michael lo viera, la mojó ligeramente en un tintero y escribió varias frases.

—Va muy bien, Michael...

—Diez dólares para usted... porque es un buen muchacho—dijo Bimberg—. No gano en ella ni para pagar el porte.

Convencido el marinero pagó.

Apareció en aquel instante el cabo de la ronda de inspección.

—¿Hasta cuándo tendrá que esperarle el buque?

—Voy en seguida... ¡Adiós, Ruby!... No me olvides...

—¡Te esperaré!—dijo la muchachita.

Instantes después de haber salido Michael, entró Alberto, otro marinero, uno más de los que se creían dueños absolutos de la rubia.

—¡Alberto! ¡Ya creía que no vendrías a verme!—dijo Ruby.

—¿Qué hacía aquí aquel otro marinero?

—Es amigo de Maizie.

Y señaló a una muchacha que estaba encargada de otra sección del establecimiento. Criatura seria y poco expan-

siva, no contaba con demasiadas simpatías entre los marinos.

—¿No es amigo tuyo ese Michael?—preguntó celoso

—¡No!

—Es que Maizie tiene cara de pocos amigos...

—No te enfades, Alberto. Sabes bien que sólo pienso en ti.

—¿De veras, amorcito?

Bimberg se creyó en el deber de intervenir con su famosa caja de dulces.

—¿No quiere usted hacer un regalo a Ruby como recuerdo? Tome esta caja. Dice "malvaviscos" por equivocación, pero contiene pastillas de azúcar candi... Mire cómo sueña.

Y agitó la caja que resonó fuertemente. ¡Ah, él tenía verdadero espíritu de negociante!... De un modo u otro pensaba sacarse la caja de encima.

—Es un regalito dulce... añadió—. Y a ella le gusta tanto, que la llaman la "Chica del Azúcar Candi". Quince dólares porque es para usted.

Alberto cayó en el anzuelo, pagó la caja y se la ofreció a la amada.

De nuevo apareció el cabo inspector.

—¡Al barco inmediatamente!...

Alberto despidiéndose de su amiguita.

—¿Me esperarás?

—¡Siempre!

Cuando hubo salido, Bimberg y Ruby se rieron a carcajada batiente... Maizie miró a su compañera con seriedad... ¡Qué coqueta era!

—Los marineros tendrán una chica en cada puerto, pero tú tienes un marinero en cada buque...—dijo Maizie.



—¿Me esperarás?

—¡Suerte que tiene una!

—El día que se den cuenta de ello, yo no sé lo que pasará contigo...

—No pasará nada porque no se darán cuenta... A Eddie le van a licenciar pronto... Michael embarcará en el escuadrón asiático, a Leonard lo destinarán a la escuadra del Atlántico, Alberto...

—Sí, sí...

—¡Envidia, nena!

Y rompió a cantar una alegre canción marinera... A nadie daba ella su corazón, pero repartía la alegría de la esperanza... ¿Es que no era poco?

Meses después, la escuadra del Pacífico regresaba directamente al puerto de San Diego, sin haberse detenido a hacer ejercicios de tiro en San Pedro.

La idea de regresar, causaba a todos los marineros una profunda alegría. Un solo pensamiento tenían algunos... ¡Pelirroja... dulce pelirroja!... ¡Novia bonita!

La idea de regresar causaba a todos los marineros

La evocaban continuamente. El barco sería más bonito si ella fuera la capitana.

—¡Qué contento estoy!—decía Eddie—. ¡Pensar que pronto volveré a ver a mi chica!...

Alberto en compañía de su amigo Sammy, confiaba a éste sus impresiones.

—Cuando Ruby me vea, se le caerá de gusto la geografía de las manos.

—A mí esa muchacha me parece algo falsa...



—¡Petroja... dulce petroja!

Otros dos marineros comentaban igualmente cosas de la nena de San Diego.

—Mañana la volveré a ver—decía Artie, uno de los innumerables adoradores que se creían los ídolos de la dependienta.

¿Tu nena? Hace varios meses que el buque no ha estado en San Diego. le contestó Sailor, otro marinero que no figuraba en la lista de los pretendientes—. ¿Y tú sabes en qué ha invertido ella todo ese tiempo?

—¡Pues en leer la geografía!

—Sí... sí... Oye, ahí viene Mac Coy... Si ve a tu chica te la quita...

—Eso lo veremos.

—Es el conquistador de la armada... No hay mujer que le resista.

Mac Coy tenía efectivamente gran partido entre las mujeres... Joven apuesto, sabía robar corazones. Sin embargo, nunca se había dedicado a Ruby ni jamás había estado en su establecimiento. Sus conquistas eran en otros barrios más distinguidos.

Artie le llamó.

—Oye, Mac Coy, ¿quieres hacerme un favor cuando lleguemos a San Diego?

—¿Cuánto necesitas?

—No se trata de dinero. Quiero que dejes en paz a mi chica.

—Buena, hombre... No tengas cuidado...

Artie alejóse satisfecho como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

Pecwee, un marinero rubio, algo corto de mollera, dijo a Mac Coy:

—¿Por qué no se la quitas, Mac?

—Otro lo habrá hecho ya...



La evocaban continuamente...

—¿Quién sabe!

—No la conozco, pero será como todas las otras...

—¿Habrá muchas esperándote, Mac?

—Algunas... Todo consiste en cómo las trata uno... Es cuestión de entenderlas...

Y fumó indolentemente un cigarrillo, entornando los ojos como bajo el influjo del recuerdo de las innumerables mujeres que vivieron un momento en su corazón.

Ruby había olvidado por completo a la marina... Seguía en el establecimiento de Bimberg soñando con que un día llegaría el hombre que la pudiera hacer feliz.

Aquella mañana, Maizie, la severa dependienta, servía a unos parroquianos.

De pronto se escuchó como un cañonazo.

—¿Qué es eso?—preguntó Maizie.

—Nada... Ha llegado la escuadra... Nadie lo sabía... A mí me lo dijo un sobrino que tengo en la Escuela de Aspirantes—contestó el cliente.

Maizie apenas pudo aguantar la risa... ¡Cuándo lo supiese Ruby! ¿Qué iba a pasar habiendo cagañado a todos los marineros?

Cuando algo más tarde Ruby se presentó en la tienda, Maizie la recibió con una sonrisita mortificante.

—¿Qué te pasa? ¿Has leído algún libro de chistes?—le dijo Ruby.

—No, pero pienso escribirlo.

Escuchóse otro cañonazo.

—¿No sabes qué es ésto?—dijo Maizie.



...si ella fuera la capitana...

—¡No!...

—¡Dinamita!

—No comprendo...

—Ya lo sabrás pronto.

Distraída, Ruby no había visto entrar en el establecimiento al marinero Michael, uno de sus pretendientes.

Maizie, que se había fijado en él, se alejó rápidamente... ¡La que se iba a armar si llegaban todos los enamorados de Ruby!

Michael, sonriente, dijo acercándose a la pelirroja:

—¿No ha sabido usted nada de aquel chico amigo suyo que trasladaron a la China?

Ella le contempló con espanto.

—¿Tú? ¡Michael!

—¡En cuerpo y alma!

—¿Pero ha llegado ya la escuadra?

—¿No has oído los cañonazos? Llegamos antes de tiempo. Se han suspendido muchas prácticas... Pero dime, ¿soñaste conmigo, Ruby? ¿Sí? Pues aquí tienes tu sueño convertido en realidad.

Otro marinero entró en la tienda, Alberto.

La joven se vió perdida. Iban a llegar todos de una vez y se descubriría su casquivana conducta.

Alberto al ver a Ruby en charla con Michael, arrugó el entrecejo. Bien, ¿qué quería decir aquello?

Acercóse al mostrador y miró con malos modos a su amiga.

—¡Espérate un momento!—dijo ella a Michael—. Primero es la obligación que la devoción.

Y se dirigió hacia Alberto estrechándole la mano y demostrándole gran alegría.

—¿Qué hace ahí Michael? ¿Por qué departías con ese hombre?

—¡Cálmate!... Es un amigo de Maizie... Le hablo para darle celos...

Llamó a Maizie y le dijo:

—Sirve a ese caballero, que ya estoy ocupada... Vuelvo pronto contigo, Alberto...

Y de nuevo dirigióse a entablar palique con Michael...

Alberto, mordido por los celos, preguntó a Maizie si Michael era su novio.

—¿Michael? Me es perfectamente indiferente—contestó.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos?

Alberto acercóse al otro marinero y le dijo con tono de desafío:

—¿Qué hace usted aquí, cara de foca?

—¡No me insulte usted, se mamarracho!

Y sobre si Ruby era la novia de uno o de otro, armaron una bronca formidable.

Ruby, asustada, se dirigió a otro departamento de la tienda. Pero de pronto vio avanzar a Eddie, otro de sus innumerables amigos.

—Quería darte una sorpresa, chiquilla. ¿Adónde vas? —le dijo Eddie.

—¡Pues a esperar tu buque, Eddie!

—¡Suponia que estarías impaciente!... Por eso vine corriendo.

—Vete a dar una vuelta... No quiero que Bimberg te encuentre aquí.

No, no... Te espero en la salita contigua.

Volvió a la sala del bar y su sorpresa fué muy desagradable al ver a los otros dos marineros que, aunque no con tanto ímpetu, seguían disputando sobre quién era el verdadero novio de Ruby.

Eddie fué el tercero en la discordia...

No tardaron en aparecer otros marineros, Sailor, Artie, etc., etc., todos los cuales en el último viaje habían hecho valiosos obsequios a Ruby, en la seguridad de que el corazón de la linda pelirroja era exclusivamente de cada uno de ellos.

Ruby no osaba salir de la trastienda, pero Bimberg la ordenó que fuese a atender a los clientes.

Revistiéndose de valor, pensando en lo que iba a ocurrir, la muchachita se dirigió al mostrador.

Y allí fué Troya.

Artie fué el primero que habló con la joven.

—Nena mía... ¿Cómo estás?

—¡Bien... muy bien!—decía la joven, palideciendo.

—¡Eh, tú! No tolero que hables a mi chica sin haberla presentado—exclamó Alberto, furioso.

—¿Tu chica? ¡Si dijeras "mi chica"!

—¿Qué estás hablando, mameuco?

—¡Ruby es mi novia!—gritó Michael.

—¡Falso!... ¡Es mía... solamente mía!—protestó Alberto.

Tras las palabras gruesas vinieron los golpes... La juventud marinera comenzó, celosa, a pegarse de lo lindo... Y los objetos que había en el establecimiento servían de proyectiles. Cajas, frutas, dulces, plumas, toda clase de artículos volaron por los aires en descomunal lucha.

Ruby se tapaba los ojos.

Bimberg lanzaba gritos estentóreos viendo destrozado su establecimiento.

Pero los marineros, sin hacer caso de nada, seguían zurrándose de lo lindo, con implacable violencia.

El ruido de la lucha llegó hasta la calle... Acudió gente, policía, los marineros de la ronda de inspección, pudiendo finalmente calmar todos los ánimos exaltados.

y expulsando del local a todos aquellos revoltosos.

La tienda quedó libre al fin de tan inoportunos parroquianos. Pero Bimberg se daba a todos los demonios ante las perjuicios causados. ¡Malditos marineros! ¡He ahí la consecuencia de haber sido Ruby demasiado amable con ellos!

—Pero si usted me obligó a ello, patrón.

Es cierto, Ruby... mas nunca pude suponer que se lo tomaran tan en serio... ¡Desdichado de mí! ¡Cuánta pérdida! Y ahora no me acuerdo siquiera si estoy o no asegurado...

Ruby y Maizie le ayudaron a recoger los objetos roto que eran innumerables.

Ruby estaba decidida a no tener ya los navíos a granel... Sólo quería uno, uno solamente... Lo otro daba demasiados disgustos...

Media hora más tarde se presentó en la tienda el señor Brandy, un sujeto de cuidado, jugador de ventaja.

—¿Pero qué ha pasado aquí? ¿Es esto una tienda del pám, pám, pum? preguntó.

—Aquí no ha pasado nada...—le dijo Bimberg—. Bueno, y ya sé lo que usted quiere, ¿no? El dinero que perdí en las carreras. Ojalá estos billetes se le volvieran veneno.

Y le entregó la cantidad que le adeudaba.

—Lo siento... Es usted hombre de mala suerte... Y a fe que a mí no se me puede acusar de tramposo.

—¿Tramposo, usted?—le dijo Bimberg, muerto de rabia—. ¡No! Un tramposo pierde de vez en cuando...

—¡Ah! ¡Y cuando quiera usted apostar algunos dólares en algo seguro, avíseme!

—Seguro para usted... Espere que le avise.

Brady se echó a reír y después de mostrar unos espléndidos cigarros se alejó canturreando una alegre tonada.

Al pasar ante Ruby le dijo:

—¿Cómo está eso, muchacha?

—Aun no lo sé.

Cuando Brady salió de la tienda, el dueño volvió a desatar su mal humor sobre la pobre dependienta.

—Usted me dijo que fuese cariñosa con los marineros—se excusó Ruby.

Una cosa es ser cariñosa y otra que le arruinen a uno el negocio. De ahora en adelante, no quiero ver otro marinero en mi vida.

Minutos más tarde aparecieron otros dos marineros. Uno era Mac Coy, el otro, su amigo Peewee.

Una Bimberg a echarlos de mala manera cuando reconoció en Peewee a un antiguo vecino de su pueblo.

—¡Hola, Peewee! ¿Cómo está tu mamá?

—¡Muy bien, hombre!

—Me alegro. Mira, acomódate como si estuvieras en tu propia casa. Tú eres un verdadero amigo.

Y olvidando en aquel instante su mal humor, llamó a Ruby y ordenó que sirviese a los dos marineros.

Ruby obedeció pero demostrando una gran seriedad. Bimberg le había dado órdenes de mantenerse inflexible con los marineros. En lo sucesivo no estaba dispuesta a bromear más.

—Un par de bocks de cerveza—dijo Mac.

Ella, a tiempo que le servía la bebida, miró a los dos muchachos. Todo lo que uno, Peewee, tenía de extraño, de ridículo, el otro, Mac, lo poseía de elegante, de buen mozo de mirada seductora capaz de llenar las ansias de un romántico corazón.

Pero recordando las instrucciones dadas por el dueño, se apartó a alguna distancia, no queriendo entablar relación alguna.

—Es encantadora, Mac—dijo Peewee.

—Realmente es muy bonita.

Apostaría cualquier cosa a que la niña espera que le hables...

—Yo creo que podría arreglarlo con un regalito de perfume o alguna otra cosa... Pero no es mi costumbre regalarles nada...

—Cuando le hayas hablado, pregúntale si tiene una amiga para mí.

Mac se echó a reír y comenzó a piropear a la pelirroja. ¡Qué bonita era! Y lo decía con sinceridad, con verdadero entusiasmo. A medida que iba contemplándola más, le parecía que no había visto otra mujer en el mundo tan bella, con unos grandes ojos tan expresivos...

Pero ella, aunque interiormente se sentía complacida de las suaves palabras del mozo, mantenía con enérgica seriedad... El corazón le latía más de prisa como bajo el ímpetu de una extraña emoción.

—Me parece que la niña no te hace caso, Mac—dijo Peewee.

Verás cómo va la cautiva... Oiga, ¿por qué no se sentiría un poco, señorita... para variar?

Ella mantúvose en la misma actitud indiferente.

—Oiga usted preciosa!

—Vaya usted a paseo!

Y aparentemente disgustada, entró en la trastienda... Allí estaba Maizie a la que dijo con inmensa alegría:

—¡Qué hombre, Maizie! ¡Qué hombre!... ¡Es una perfección, es el hombre soñado por mí, el único!

—Estás loca.

—¡Qué chico tan simpático! ¡Lástima que deba mantenerme seria!

Volvió al mostrador y Mac, cada vez más interesado por las gracias y la actitud reservada de la dependienta, le dijo:

—Preciosa, ¿le gustaría ir conmigo adonde usted quisiera llevarme?

—¡Muchas gracias!... No quiero ir a ningún lado...

—¿Le gustan los marineros?

—¡No! ¡Son muy ridos!

Los hay de todas clases como hay mujeres de todas clases...

—No le sabía...

Peewee intervino.

—Oiga, Ruby, ¿no ha oído usted hablar del caso de cañón del "Mississippi", el hombre de mejor puntería de la escuadra? ¡Pues es éste! ¡Mac Coy! ¡Para que se entere!

—No me importan esas cosas—contestó aparentando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—El otro día la tripulación del "Mississippi" ganó cuarenta mil dólares apostando por él...

Bimberg que a prudencial distancia había escuchado la conversación, avanzó hacia ellos.

Era jugador empedernido, y la idea de poder ganar sobre seguro le enloquecía.

—Oiga, Peewee, ¿ha dicho usted que se ganaron cuarenta mil dólares?

—Sí.

—Cuérterve... Cuando oigo hablar de tantos dólares me gusta saber detalles...

Peewee le explicó entonces como muchos marineros habían apostado a que Mac Coy haría el mayor número de blancos en los ejercicios.

—Y así fué, porque no hay mejor tirador como éste.

Bimberg se estremeció de alegría. Miró a Ruby que escuchaba con la misma gravedad los madrigales de Mac.

—Un momento, Ruby... haga el favor de venir—dijo. Marcharon a la trastienda.

Pero, ¿qué hace usted?—le dijo el dueño en todo de reconvencción.

—¿Por ventura he bromeado con él?—protestó la joven.—¿No me dijo que los tratara con frialdad?

Sí, pero a él no, a él no...

—Pues entonces, ¿he de aparecer amable?

—¿Amable? ¡Quiero que sea una madre para él! Este hombre será mi salvación...

Ruby no se hizo repetir la orden. ¿Con lo que le gustaba aquel muchacho?

Mac Coy se animó al verla sonriente, con una dulce luminosidad en los ojos claros. Las dos bebieron en la misma copa.

—¡Oiga, preciosa!... ¿Quiere usted salir conmigo?

Hoy, imposible—respondió—. Es martes y sólo tengo fiesta los viernes por la tarde.

—¡Qué lástima! ¿Dónde estará ya ya el viernes?

Bimberg intervino, conciliador:

—Esta semana hará usted fiesta el martes en vez del viernes... Esto es, hoy.

—¡Qué bueno es usted! ¡Pues acepto, Mac!

—¿Puedo pasar por usted a las dos?—dijo Mac.



—¿Puedo pasar por usted a las dos?

—A las doce!—contestó Bimberg.

Se despidieron los dos marineros.

—Pregúntale si tiene una amiga para mí—dijo el buen Peewee.

—Ahora no es ocasión.

Cuando hubieron salido, Bimberg estrechó la mano de la dependienta.

—Sabre todo no dejo de ser amable...

—Seré amable, no se apure... Es el hombre soñado... es el hombre ideal...

Y movía la hermosa cabeza con un optimismo triunfador.

En otro bar cercano al puerto, se hallaban conversando varios marineros entre los que figuraban los enamorados burlados por la voluble Ruby.

Estaban Michael, Eddie, Alerto, Sailor, Artie... Todos hablaban de vengarse de la dependienta que les había engañado con su maturo amor.

—Si no ponemos remedio, la pelirroja nos pondrá a todos en ridículo—dijo Michael.

Aparecieron Mac Coy y su amigo Peewee.

—¡A propósito!—continuó diciendo Michael... Lo mejor que podríamos hacer sería casarnos la muchacha a Mac Coy...

—Todo consiste en que Mac se deje convencer... y la convenza a ella.

Michael se dirigió al encuentro de Mac que se preparaba a jugar unas partidas de billar.

—Mac, necesitamos tu cooperación en un asunto amoroso... Queremos que conquistes a aquella muchacha que fué novia de todos, y después... si te he visto no me acuerdo.

Ignoraba Mac que se tratase de la misma mujer de la que él ahora se había enamorado, y respondió:

—Sois una verdadera calamidad... Tenéis que aprender de mí en eso de partir corazones...

—Mac, por el uniforme que llevamos, no nos abandonas—dijo Artie.

—Allá, vosotros, amigos... Esta tarde la tengo reservada a una chica que es una reina...

—¡Dichoso tú! Te recomendamos que la lleves al Dreamland que es un sitio encantador, al otro lado de la frontera—dijo Michael.

Artie volvió a insistir para que Mac engañase a la coqueta:

—Vamos, no eres mal zángano... Se trata de unas faldas que han hecho traición a la marina...

—Conque traición, ¿eh? ¿Por qué no la denunciasteis al Ministro de Marina?

Y marchó, sonriente, pues debía comer pronto para asistir a la cita.

Ruby había salido también poco antes de su tienda. Corrió a su pensión para comer y vestirse un elegante traje.

Una doncella negra, buena mujer que quería a Ruby como a una hija, le dijo:

—¿Qué contenta está usted esta mañana, señorita! ¿Tiene otro novio?

—¡Sí!

—Me parece que esta vez entra en fuego el corazón.

—No es como los otros... Te lo aseguro... Mac es como la canción del día.

Y empezó a cantar con su delicada voz:

¿Qué culpa tengo yo si soy bonita?

Camió precipitadamente y luego de besar con grandes aspavientos a la negra, volvió a la tienda al filo de las dos.

¡Estaba tan impaciente! Iban a dar las dos y él aun no había llegado. ¿Le habría engañado? ¿Sería un muchacho sin palabra, un informal, un inconstante?

A las dos en punto apareció Mac Coy vestido de paisano, con llamante sombrero de paja.

—¡Hola, Ruby!... Como vi que no le simpatizaban los marinos, dejé el uniforme en casa.

—Está muy bien así. Pero, ¿adónde quiere usted llevarme?

—¿Qué le parece si fuéramos al Dreamland? Los compañeros me dijeron que es un sitio estupendo.

—¡Demasiado estupendo!— contestó suspirando.

Bimberg se acercó a ellos.

—¡Vaya, vaya! ¡Parece usted otro! ¡Qué elegante!— le dijo—. ¿Dónde van ustedes?

Me habían dicho al Dreamland.

—¿Habrá alguno de sus compañeros esta tarde?— preguntó Ruby, un poco alarmada, queriendo evitar conflictos.

—Que yo sepa, no!

—Entonces podemos ir... Es un bonito lugar para ir los dos...

—Yo acompañaré a ustedes... para que no se pierdan— dijo Bimberg, sonriendo—. Además tengo que hacer algo por allá...

No pareció hacerles demasiada gracia aquella compa-

ñía, pues como, todos los enamorados, les gustaba estar solos...

—Vámonos, antes que se nos vaya el autobús— dijo Bimberg.

Salieron los tres dirigiéndose a una avenida cercana donde paraba el autobús que conducía al barrio alegre de Dreamland, situado como a una media hora de distancia.

Subieron al coche y éste reemprendió la marcha a gran velocidad por la carretera lindante con el mar.

Eddie y Johnny, dos marineros, habían visto a Mac con la rubia.

—¿Has visto a Mac? ¡Va con ella! Ya decía yo que nos ayudaría!

—Nosotros también iremos... Pero, ¿qué haremos con los uniformes? Nos está prohibido ir allá con ellos.

Nos vestiremos de paisano.

Dirigieronse a un café, donde encontraron a varios de sus compañeros.

—¿Sabéis que Mac Coy se ha decidido ya y anda con Ruby? Le hemos visto en el autobús que va a Dreamland...

—¿Por qué no nos vestimos de paisano y vamos todos allí a darles una sorpresa?— dijo Eddie.

—Eso es.

Y se dirigieron a cambiarse de ropa para ir a ver cómo Mac Coy, en nombre de la marina, se vengaba de la inconstante y coqueta muchachita.

El autobús se deslizaba rápidamente por la bien asfaltada carretera. Desde las ventanillas se veía el mar y los grandes barcos de guerra descansando de sus largos viajes.

Bimberg estaba hablando constantemente con los jóvenes, que se sentían disgustados por aquella intempestiva compañía.

—¡Qué bonitas e interesantes son las cosas del mar!—dijo ella.

—Sí, pero los marineros ya no son lo que eran... Si fuesen lo que eran antes, ya no sería usted soltera...

—¿Se burla usted de mí?

—Ruby es una joya de muchos quilates—dijo Bimberg— Los marineros lo saben perfectamente.

—No necesito que me lo diga—respondió Mac.

Y aprovechando un instante en que Bimberg estaba distraído, Mac dijo a su amiga:

—¿Por qué no le da el pasaporte?

—No puedo... Es mi principal... y le necesito...

—¡Miren... miren... qué barcos tan bonitos!—dijo Bimberg.

—¿Cuál es el suyo, Mac?—preguntó la muchacha.

—El "Mississippi". El segundo de la fila.

—¿Qué hermoso es!

—No hay mejor acorazado que el "Mississippi". Tendría que verlo de cerca. Ruby... Parece un ascua.

—Está usted enamorado de su buque... Parece que no lo abandonaría por nada.

—Según como... Si encontrase una muchacha—dijo con intención—, sería capaz de compartir con ella los cuatro mil dólares que he reunido... Y compraría una casita y viviría feliz... ¿Qué le parece?

—¡Muy bonito!... ¡Mucho!

Habían llegado ya a Dreamland.

Los tres, sonrientes, visitaron varios bailes de aquel alegre barrio y al fin entraron en el salón de Darcy, donde se bailaba de lo lindo.

Mac ardía en deseos de librarse del inoportuno Bimberg.

—Pero ¿no me dijo usted que tenía que marcharse?—le preguntó.

—Sí, tengo que atender, a un asunto de miles de dólares aquí mismo.

Mac invitó a su amiga a bailar... Mientras danzaban entre las numerosas parejas que se entregaban al mismo dulce placer, el marino fué murmurando al oído de su compañera toda la pasión que ella le inspiraba.

No es un capricho, Ruby... es algo mucho más serio... Me gustas como nunca me ha gustado ninguna mujer... ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos de ella brillaron con mayor ilusión... Enamorada rindiéndose de aquel muchacho desde que le viera horas antes, dispuesta estaba a contraer matrimonio con él inmediatamente.

Lo que en los países de Europa puede resultar chocante, en Norteamérica, tierra de rapidez, es cosa lógica y de cada día... Nada tiene de particular en aquel mundo optimista que las gentes se casen a las pocas horas de conocerse... Bien es verdad que hay divorcio... por sí las moscas.

—Sí, Mac... Siempre había deseado por esposo a un marino, y tú eres el soñado—le contestó.

—Pediré la licencia dentro de tres semanas.

Tres semanas son muchos días. ¿Por qué no más pronto?

—No sé si me la darán...

¡Cuán felices eran! Se estrechaban mutuamente, sus rostros estaban casi juntos.

Bimberg corrió hacia ellos y les separó.

—Pero, ¿quiere que le dé un ataque al corazón, Mac? Su salud es preciosa para todos.

El baile había terminado ya... y se sentaron a tomar unos refrescos.

Balanceábase Mac en la silla y Bimberg, siempre temeroso, le advirtió:

—Un amigo mío se mató haciendo ésto.

El gran salón estaba concurridísimo... Entre el gentío figuraba Brady que iba con unos amigos.

Al ver a Bimberg, su rival en el juego, se echó a reír.

¿Qué hará aquí ese hombre?

Mac distinguió de pronto entre la concurrencia a su amigo Prewce. ¿Cómo estaba allí?

Ahora vuelvo, Ruby—dijo levantándose y yendo al encuentro de su compañero, que vestía de paisano.

—¿No te dije que no quería verte aquí esta tarde?—le preguntó—. ¿Y de dónde has venido tú ese traje?

Con el uniforme no me hubieran dejado pasar la frontera...

—¿Por qué no te quedabas en el buque?

—Es que pensaba que Ruby es fácil que tenga alguna amiga... y deseaba que me la presentase... A mí, por mis propios méritos, ninguna mujer me hace caso.

—Eres una calamidad... Ruby no tiene amigas aquí.

Y volvió al lado de su novia, sin darse cuenta de que también habían llegado al baile, vestidos de paisano, varios marineros que figuraban en la categoría de burlados por la coqueta Ruby.

Brady se acercó a Prewce y le preguntó:

—¿Quién es aquel buen mozo que está con Bimberg?

—Es Mac Coy... mi compañero. En el "Mississippi" no hay quien tenga la puntería que él.

Ruby y Mac se habían levantado para bailar un vals.

Bimberg vio entonces a Brady hablando con el marinero... Sonrió triunfalmente. ¡Lo que él esperaba! Sabía que Brady visitaba con frecuencia esta casa.

Avanzó hacia él, ufano, un poquito burlón.

—Ya sé que está usted con un buen tirador, Bimberg—le dijo Brady irónicamente—. Pero a fe que no entiendo lo que hacen aquí... usted y su dependiente...

—¿No lo entiende? Oiga, Brady... En las prácticas de tiro no hay quien meta más balas en el blanco que él... Y ahí sí que no puede haber trampa, pues nadie más que los artilleros meten bala en los cañones...

—Bueno... ¿y a mí qué me cuenta?

—Le apuesto cualquier cosa que el "Mississippi" ganará a los demás buques en meter balas en el blanco.

—Pensé que no quería apostar más.

—Le apuesto cinco mil dólares y aun me quedará dinero para la vuelta.

Brady sonrió de modo misterioso.

—Comprendo que la ventaja está de su parte, pero le acepto la apuesta...

—¡Bravo!

Se frotaba las manos alegremente. Esta vez sí que le ganaba a aquel antipático jugador.

—¿Y quién guardará los billetes?—dijo—. ¡Usted no!
Una persona neutral.

—Ni usted tampoco.

—Será mejor que lo guarde un marinero... Allí hay un chico a quien le fiaría cualquier cosa: Peewee.

—Conformes. Se lo entregaremos a él—dijo Brady.

Le enteraron de la apuesta y le entregaron cada uno cinco mil dólares.

—Va usted a perder—dijo Peewee a Brady—. Con Mac Coy en el cañón, el "Mississippi" les ganará a todos.

—Ya veremos...

Brady se alejó, sonriente... No temía haber dejado en depósito el dinero; conocía la lealtad de los marinos.

Un amigo suyo se le acercó y le dijo:

—Es una tontería apostar siendo Bimberg amigo de ese cabo de cañón.

—¡Bah!... No será Mac el único marinero que se queda en tierra... Ya verás...

Ruby y Mac habían danzado un dulce vals. La música volvió a tocarlo, y los dos enamorados se entregaron a la delicia de esta danza sentimental.

—¿Cómo huelen esas lilas!—dijo Ruby señalando unas bellas flores que había en el salón.

—¡Qué hermosas son!

—Me gustaría una casa con lilas y geranios... ¿Verdad que no hace falta mucho espacio para ellos?

—¡Oh! Claro que no...

—Una casa así no puede costar más de tres o cuatro mil dólares.

—La tendremos, Ruby... y verás como no hay nadie en el mundo tan feliz como nosotros.

Los marineros engañados por Ruby: Eddie, Alberto, Michael, etc., contemplaban a la pareja. Pensaban equi-

vocadamente que Mac estaba conquistando a la muchacha para buelarse después de ella.

—Parece que está por caer.

—¡Que ella no nos vea!—dijo Michael—. Si nos ve lo echará todo a rodar.

Ajenos a que pudieran espiarles, los dos jóvenes seguían soñando maravillas.

Ella se fijó de pronto en un cartel que un hombre llevaba a la espalda. Decía así:

Regalo 100 dólares a la pareja que contriga matrimonio en el salón de baile de Davey.

Una idea tenaz se clavó rápidamente en su mente. ¿Por qué no casarse en aquel mismo momento si al fin y al cabo tendría que hacerlo dentro de varias semanas? Y ahora, adelantando los acontecimientos ganaban, además, cien dólares.

En verdad el dinero no le interesaba, pues lo que a ella le importaba era la inmediata boda. ¡Adoraba tanto a su Mac!

Paró de bailar y dijo a su novio:

—Espérame un momento. Tengo que telefonear.

—Pero, ¿adónde?

—Me olvidé de decir a Maizie que hiciera falta jarabe de chocolate.

—No tardes en volver.

Ruby se dirigió a una sala vecina y preguntó al hombre-anunció:

—¿Vale aún lo que dice ese cartel?

—Ya no. Perdimos dinero.

—¡Qué lástima! Mire, quisiera hablar con el encargado.

—Ahora saldrá.

Ruby fué a ver a Bimberg, su principal.

—Necesito cien dólares, Bimberg.

—Se los anticiparé, pero no para jugar...

—Son para otra cosa. Algún día se lo explicaré.

—Bueno... Cincuenta y cincuenta, cien...

Y ya en su poder el dinero, volvió Ruby al lado del hombre del cartel, que estaba ya con el encargado.

—Deseo que me ayude—dijo a éste—, que se lleve a cabo lo que usted anuncia en el cartel.

—No es posible, señorita... No podemos destinar cien dólares a eso. Ha quedado anulado ya...

—Me quiero casar con mi novio, ¿sabe? y es la única manera para que podamos hacerlo inmediatamente. Pero para que usted no se perjudique, yo le doy de antemano los cien dólares que usted entregará a mi prometido. ¿Conforme?

—Bien... Si es así... y tratándose de hacerle un favor, acepto... Pero le daremos un cheque del establecimiento en vez del dinero. ¿Quiere?

—Como usted guste. La cuestión es que se lleve a cabo.

Y contenta por sus gestiones volvió a la sala de baile para reunirse con su Mac.

Mientras tanto, Mac había estado hablando con sus compañeros.

—¡Está saliendo de primera, Mac!—decía Alberto.

—¡La has conquistado!—agregaba Eddie.

—Cuando la mandes a pasco me gustará estar cerca—comentaba Michael.

Mac les miró con asombro.

—Pero... ¿estáis seguros de que es la misma? ¿Vuestra antigua novia?

—Naturalmente que sí. ¡Es Ruby, la del bar!

—Sí, hombre.

—Y dime—indicó Eddie—, ¿le has hablado del dinero que tienes ahorrado?

—¡Sí!—respondió maquinalmente Mac que se sentía como vaciado, como aniquilado ante la gran sorpresa de que aquella Ruby fuera la misma que había estado coqueteando y engañando a los demás marineros.

—¡De primera!—añadió Eddie—. Es por esto que ha caído... Busca tu dinero nada más... Es una egoísta. La broma ha salido mejor de lo que creíamos.

Profunda desesperación se apoderó de Mac. Sus ensueños se desvanecían en un instante. Ruby no le había hecho caso por amor, sino por el indigno interés.

—¡Esperad un poco, marineros!... Pero ella viene hacia aquí... Procurad que ella no se vea y ya veréis lo que pasa...

Los marineros se marcharon precipitadamente, pero vigilarían desde la puerta lo que iba a ocurrir. Estaban seguros de que Mac les vengaría bien.

Ruby se acercó a su novio... Ella no había visto a los demás marineros... Le pareció que Mac estaba pálido y le preguntó si no se encontraba bien.

—No me pasa nada... Vamos a bailar.

Danzaron... Entró en la sala el empleado con el cartel a cuestas. Ruby, sonriente, se lo mostró a su novio:

—¡Qué interesante! ¿Verdad? ¡Qué buena idea! ¡Cien dólares son un buen aliciente para casarse!

El le miró con rabia. ¡El interés, el meaquino interés! Pero disimuló.

—No se me había ocurrido—dijo—. Yo ya tengo algunos ahorros.

—De cualquier modo cien dólares no son de despreciar, Mac, y teniendo que casarnos pronto...

—Te estás volviendo interesada.

—En casos así el dinero nunca sobra. Supongamos que el marido tuviese que marcharse...

—¡Qué ocurrencia!

Se sentía indignado contra ella. Ruby quería casarse por los cien dólares que se sumarían a los cuatro o cinco mil que él tenía. ¡Qué infamia!

—¡Sea!—dijo con seriedad—. Vamos a casarnos. Algún día u otro tendríamos que hacerlo...

Bimberg al ver que dejaban de bailar, corrió a su encuentro.

—¿Qué os pasa? ¿Os habéis disgustado?

—¡No! Nos casaremos aquí y ahora mismo. Nos van a dar cien dólares—dijo Ruby.

—¡La gran idea!—contestó Bimberg—. No hay nada que influya tanto en el carácter como el matrimonio...

—Voy a hablar con el encargado para acabar de una vez...

—Seré el padrino de boda—dijo Bimberg—. Así te entregará la novia.

—No hay necesidad—dijo Ruby—. Soy suya desde que me pidió el primer refresco.

—Eres un diablillo. Vamos, que hay mucho que hacer—dijo Mac.

Se dirigieron al encuentro del encargado, quien aleccionado ya antes por Ruby, se dispuso a efectuar rápidamente la ceremonia. Pero primero era necesario realizar un acto preliminar.

Por medio de una bocina, comunicó a la concurrencia que iba a celebrarse el compromiso de una boda.

Todos se arremolinaron alrededor de la feliz pareja. Ruby estaba loca de alegría. Mac disimulaba su enojo.

Los marineros, desde la puerta, observaban con intranquilidad...

El encargado miró a Ruby y dijo en tono solemne mientras agitaba en su mano un cheque de cien dólares.

—¿Promete usted contraer matrimonio con este joven en nuestro salón, por la suma de cien dólares?

—¡Prometo!—respondió con firme voz.

—¿Promete usted contraer matrimonio con esta encantadora joven en nuestro salón, por la suma de cien dólares?—preguntó a Mac.

—¿Yo? ¿Casarme yo con una mujer como ella? ¡Ni por cien mil dólares!—gritó Mac, rojo de indignación.

Levantóse un inmenso murmullo y Ruby rompió a llorar mirando nerviosamente a su novio.

Se acercaron los marineros, para ensañarse con la novia.

—Pero, señor Mac Coy—decía Bimberg, intentando calmarle—, ¿no sabe que el excitarse es malo? Podría darle apoplejía.

—¿Me quiere usted hacer el favor de largarse?—le respondió.

—¡Has estado estupendo, Mac, estupendo!—decía Michael.

—¡Marchaos todos! ¡Marchaos!—gritaba Mac, herido en el alma.

Brady se acercó a Mac y le dijo:

—Sus compañeros son incapaces de comprenderlo... ¿Por qué no vicas a tomar una copa conmigo?

—No le haga caso—aconsejóle Bimberg—. Si va con él, mañana no dará un tiro en el blanco.

—¡Déjeme usted! Voy porque me da la gana, ¿entiende?

Y enfurecido, Mac se fué con Brady al departamento del bar.

Bimberg dijo a Ruby con desconsuelo:

—No le permitas ir, por favor...

—No quiero oír hablar de él, me importa poco. Qué beba, que haga lo que se le antoje.

—Es que adivino lo que va a suceder... Ese Brady, que es un monstruo con figura de hombre, quiere emborracharlo para perderlo. ¿Serás capaz de permitirlo, Ruby? Tienes que salvarlo.

—Si le viera ahogarse no levantaría un dedo para salvarle.

—Pero, Ruby...

—No quiero que me hable más de él...

Bimberg aun insistió con vano esfuerzo.

Entretanto, Mac se disponía a beber en el mostrador en compañía del malvado Brady.

El marinero Peewee, depositario del dinero de la apuesta, comprendió los siniestros planes de Brady y rogó a Mac que no bebiese, pues al día siguiente tenía que estar muy sereno para el tiro.

—Agradezco tus consejos, Peewee, pero un par de copas no me harán daño.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, Peewee salió del bar, y encontrando en otra sala a los otros marineros les explicó lo que pasaba.

Pero ellos no le hicieron caso... Estaban seguros de que Mac no perdería jamás la cabeza.

Bimberg, que tenía perder la cantidad apostada, acercóse a Peewee y le dijo:

—Hable a Ruby. Tal vez ella convenza a Mac de que no debe beber... Yo no puedo...

—Voy a probarlo.

El marinero fué al encuentro de la muchacha, que seguía taciturna. Al verle, ella le dijo:

—Si quiere usted hablarme de su amigo, guárdese lo que tenga que decirme.

—¿Esperaba usted lo que le ha pasado con él?

—Me está bien empleado por tomármelo en serio.

—¿Y a usted se la puedo tomar en serio? —dijo Peewee, severamente.

—El era diferente... No era uno de tantos...

—¿Diferente Mac Coy?

—Sí, y todo ha concluido para mí.

—Y para él también... Bébe y bebienda comprometo el dinero de los que han apostado por él...

—¿Cómo?

—Comprometo el honor de la marina... Mañana ha de tirar al blanco... Si está borracho, le expulsarán y quedará deshonrado.

—¡Dios mío! ¡Yo no sabía eso!—murmuró angustiada—. ¡Qué horror! Me arrepiento de no haber ido antes.

Y llevada de su buen corazón, dirigióse al bar donde Mac estaba bebiendo en compañía de Brady y de varios sujetos de mala calaña.

—¡Te pido que no bebas, Mac! —dijo Ruby, emocionada.

—¡Vete!—respondió con brutalidad.

—¡No quiero! ¡Es por tu bien, Mac! ¿Crees que es

muy agradable para mí venir aquí después de lo que me has hecho?

—Para venir aquí tenías que venir limpia de culpa...

Y fué a apurar, con rabia, una nueva copa de coñac.

—¡Suelta esta copa!

—¡Cállate y vete de aquí!—le dijo Mac, furioso, tomando otra copa que Brady, insolente, le alargaba.

—¿Es ese el respeto que le tienes a tu buque?—siguió diciendo la muchacha—. ¿Acaso un tibur como ese tiene más valor para ti que las cosas sagradas? ¡Mac, vámonos de aquí, pronto!

Brady se echó a reír de modo siniestro.

—¿Vas a hacerle caso a esa...?

Y lanzó una baja palabra injuriosa.

Aquella palabra estremeció a Mac, que se indignó contra el que la había pronunciado. Fué algo surgido espontáneamente en su alma, un sentimiento de caballero.

—¿Quién eres tú para insultarla?—dijo.

Y fué a arrojarle contra Brady. Este, sorprendido por la agresión, se lanzó a su vez sobre Mac, derribándole.

Ruby quiso ir en su auxilio, pero un puñetazo del truhán la derribó al suelo.

Incorporóse Mac, pero a un grito de Brady, los amigos de éste la emprendieron a puñetazos contra el marino.

Ruby, horrorizada, salió a la calle donde estaban Bimberg y los marineros.

—¡Corred! ¡Están matando a Mac!

—¡Embustera!

—¿No me crees? ¡Mira y verás!

Con la rapidez de los momentos supremos, Ruby descalzóse un zapato y lo arrojó contra el vidrio de una ventana.

—¡Mira... mira!

Los marineros vieron por el cristal roto a Mac luchando con desesperación contra varios enemigos.

¡Ab! No se hicieron repetir la orden. Como un alud entraron en la sala y empezaron a porrazo limpio contra Brady y sus hombres.

Cinco minutos duró la lucha, pero, finalmente, la Marina venció en aquel combate terrestre.

—¡Aprisa, muchachos!—dijo Bimberg—. ¡Coged a Mac y lleváoslo al buque, que he apostado cinco mil dólares!

Mac volvió a mirar a Ruby con desprecio.

—¿Conque apuestas con él?

—Yo... no, yo no... defendióse la muchacha.

—Es por eso que tenías miedo de que me pasara algo, ¿verdad? ¡Nunca más, nunca más quiero saber de ti!...

Como su excitación aumentaba, sus amigos lo metieron en un coche y lo llevaron al barco... Allí, en sosiego y tranquilidad, podría calmar sus nervios...

Brady y su gente habían desaparecido. Y Ruby, desolada y en compañía de su principal, regresó a San Diego, llevando en el alma la cruel espina de aquella jornada de dolor.

* * *

Al día siguiente, Bimberg escuchaba en la radio las noticias de última hora.

Ruby se hallaba en su puesto, presa aún de la honda melancolía de lo ocurrido.

La radio comunicó, entre otras cosas:

Washington informa oficialmente que en los ejercicios de tiro de la escuadra del Pacífico, ha ganado por tercera vez el acorazado Mississippi.

Bimberg saltó de alegría. Había ganado cinco mil dólares. Su contento contrastaba con la pena de la pobre Ruby, pena de enamorada sin esperanza.

A media tarde apareció el marinero Peewee, quien con gesto displicente empezó a entregar a Bimberg el dinero ganado y del que él era depositario.

—Puede Ruby darle las gracias a Mac —le dijo.

Ruby estaba ahora en la trastienda.

—¿Por qué dices eso?—contestó Bimberg—. ¿Por el dinero que le toca? Pues has de saber que ella no sabía nada.

—Es tan interesada que por cien dólares se hubiera casado con él.

—Aquellos cien dólares me los pidió prestados para que el encargado del salón los casara. Aquí está el cheque que el encargado me devolvió, porque no se efectuó la boda.

Y le mostró un documento. Peewee volvióse pálido de sorpresa.

—¡Voy a dárselo a Mac! Lo contento que se pondrá el pobre...

Y salió precipitadamente, sin acabar de entregar los cinco mil dólares. Pero Bimberg corrió tras él.

—¡Eh! ¡Deme el dinero que me falta!

—¡Tome... tome!

Una vez le hubo entregado toda la cantidad, corrió rápidamente a ver a Mac que se hallaba en un café y estaba melancólico y abatido.

Con toda sinceridad, Peewee le contó lo que le había dicho el tendero.

—Yo he visto el cheque que le devolvió el encargado... El dinero lo pidió prestado... Ella nada tenía que ver con la apuesta... Es una buena mujer. Quisiera tener una novia como ella.

—Pero ¿es cierto, eso? ¿Es cierto?

—¡Te lo juro!

—Entonces creo en mi pobre Ruby... Vayamos pronto a verla, Peewee.

Ruby, con el alma cada vez más abatida, había pedido permiso en la tienda para marchar a su casa.

Entraron los dos marinos y Mac preguntó a uno de los dependientes:

—¿Dónde está Ruby?

—Creo que acaba de salir... No se encontraba bien...

—¡Pobre Ruby!

Como llevado de una inspiración repentina, Mac entró en la trastienda y vió un guante en el suelo y a una mujer que se inclinaba a recogerlo.

Era Ruby, que se disponía a marchar. La sorpresa pareció inmovilizarla y miró con espanto a su amigo.

—Nena, ¿quieres perdonarme y olvidar? Lo sé todo, conozco tu noble conducta. ¡Perdona mi brutalidad!—le dijo el marino.

Ella le contempló con ternura.

—Perdonarte, sí, Mac, pero no olvidarte. ¿No puedo, Mac, no puedo! Y mira, en medio de la amargura que me causó tu conducta, al pensar que había vencido el "Mississippi" me llenaba de dulce alegría... Y sólo por que tu honor quedaba en salvo.

—¡Nenita, dulce muñeca!... Gracias a ti he estado esta mañana en el barco y he podido disparar bien. Me horroriza pensar lo que hubiera ocurrido si me dejó emborrachar por Brady... Pero el ayer ya no significa nada.



—Nos casaremos en seguida...

Ahora nos queremos para siempre, ¿verdad? Nos casaremos en seguida.

—¡Sí, Mac, sí! ¡Si me estoy muriendo por él!

Pee-wee entró en la estancia, encontrando a los dos novios abrazados con la conmovedora alegría de la reconciliación.

Al verle entrar, se separaron unos instantes... Iban a salir... El señor Bimberg apareció también y dió asunto completo a su dependiente. Todos tenían que celebrar aquel gran día. Y Pee-wee murmuró soariente al oído de Mac:

—A ver si hoy podrás preguntarle a Ruby si tiene una amiga para mí.

Tres semanas después se casaron. Y los marinos burlados supieron perdonar viendo que era uno de su clase quien se llevaba a la joya de San Diego.

FIN

Ya se ha puesto a la venta, con extraordinario éxito, la tan deseada

Biografía de la famosa GRETA GARBO

con profusión de fotos y anécdotas de la eximia artista.

Precio: 50 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbrá, 16; MADRID: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 916 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no!

El precio de un beso

por José Melica y Mona María

(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona María y Juan Torera

(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Melica y Mona María

(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torera

(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo

(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garcha y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Tempestad

por John Barrymore y Camilla Horn

Esta semana:

El dios del mar

por Ramón Pereda y Rosalía Moreno

En breve:

Anne Christie

por GRETA GARBO